
México y las principales economías asiáticas; algunos indicadores comparados

*Miguel Ángel Covián G.**

México se define a sí mismo como un país “de pertenencias múltiples”, que busca consolidar, fortalecer y desarrollar su presencia internacional. En efecto, en los años recientes, tan sólo en el ámbito bilateral, además de haber retomado y dinamizado sus relaciones con América Latina, ha ahondado su relación con las demás naciones de Norteamérica, ampliado y profundizado sus nexos con los países de la Unión Europea y ensanchado su ámbito de acción diplomática hacia una de las regiones económicamente más dinámicas: la región Asia-Pacífico.

Al referirse a esta región, la Canciller de México ha señalado que “la diplomacia mexicana ha ampliado sus horizontes mediante la vinculación más estrecha con otros mecanismos que convalidan la pluralidad de la actividad internacional del país”.¹ Efectivamente, en los últimos diez años, México ha incrementado tanto el número como el nivel de su presencia diplomática en esa región, además de haberse integrado a los principales foros multilaterales de la región Asia-Pacífico: en 1989, ingresó al Consejo

* Director de la *Revista Mexicana de Política Exterior*.

¹ Palabras de la secretaria de Relaciones Exteriores en la comparecencia ante el pleno de la Cámara de Senadores, 8 de diciembre de 1998. Véase Rosario Green, “La política exterior de México en el umbral del nuevo milenio”, en *Textos de Política Exterior. Discursos de la secretaria de Relaciones Exteriores*, Rosario Green, octubre-diciembre de 1998, México, SRE, 1999.

Económico de la Cuenca del Pacífico (PBEC); en 1991, se integró al Consejo de Cooperación Económica del Pacífico (PECC); y, desde 1993, forma parte del Mecanismo de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), cuya reunión cumbre albergará en el año 2002.²

La importancia concedida por México a esta región está fuera de duda; tiene sus bases en la necesidad de diversificar los intercambios económicos con regiones diferentes a las de los tradicionales mercados mexicanos, y en hacerlo con naciones que han mostrado, en las dos últimas décadas, una enorme capacidad de crecimiento económico y de desarrollo, en un ambiente internacional frecuentemente caracterizado por signos de recesión económica.

México frente a la crisis financiera asiática

El inicio de la estrategia mexicana para estrechar sus vínculos con las dinámicas economías asiáticas ha cumplido diez años. En ese lapso, el volumen del intercambio comercial creció notablemente y la inversión extranjera directa proveniente de esas naciones se multiplicó; en otros rubros, como la obtención de recursos científicos y tecnológicos que apoyaran el crecimiento económico de México, se dieron importantes primeros pasos. La consolidación del acercamiento económico, sin embargo, dependerá de dos factores: a) el interés de las partes en profundizar los vínculos y/o modificarlos, de acuerdo con una evaluación acerca de los beneficios hasta ahora obtenidos; y b) las condiciones internas y externas que enfrenten cada una de las partes.

En lo que respecta al primero de ellos, por ejemplo, toca a los mexicanos decidir si quieren o pueden modificar el patrón del intercambio comercial establecido; el tipo y el destino de las inversiones que reciben, de la transferencia tecnológica que requieren,

² El PBEC es un foro multilateral de carácter eminentemente empresarial; el PECC, originalmente denominado Conferencia de Cooperación Económica del Pacífico, cuenta con una estructura tripartita en la que participan el sector público, el sector privado y la academia; el APEC es un foro multilateral de carácter intergubernamental.

etcétera. En lo que se refiere a las condicionantes internas y externas del acercamiento económico, es preciso destacar las llamadas de atención del pasado reciente. Las turbulencias financieras experimentadas por México, en 1994-1995, y por los países asiáticos, en 1997 —que, incluso, llevaron a la caída de varios de sus gobiernos—, podrían incidir negativamente en el estrechamiento de las relaciones económicas de México con los países de la región Asia-Pacífico. Por ejemplo, en materia comercial y de inversión, la recesión en algunas de esas economías podría afectar el crecimiento económico mexicano debido a un menor volumen de compras o de inversiones. Asimismo, las expectativas sobre la fragilidad o la solidez de la recuperación mexicana podrían llevar a menores o mayores tasas de inversión por parte de esos países, o a la localización de ésta en sectores más especulativos que productivos.

Similitudes y diferencias

En este trabajo se presentan algunos cuadros que pretenden ilustrar sobre las similitudes y diferencias que existen entre México y algunas de las más dinámicas economías asiáticas (Japón, Hong Kong, Singapur, Corea, Tailandia, Malasia e Indonesia). El objetivo de la comparación es situar a México respecto de dichas economías con la ayuda de diversos indicadores; con base en ello, es posible imaginar el tipo de vinculación económica que podrá establecer en el futuro mediato.³

Los países se enlistan de acuerdo con el Índice de Desarrollo Humano del PNUD,⁴ con la excepción de México, el cual figura

³ Los datos de los cuadros fueron tomados de: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre desarrollo humano 1998*, Madrid, PNUD-Ediciones Mundi-Prensa, 1998.

⁴ El Índice de Desarrollo Humano (IDH) pretende reflejar, más allá del mero crecimiento económico de un país, o de la distribución del ingreso en su interior, el nivel de desarrollo alcanzado por los diferentes países. De acuerdo con el PNUD, el IDH "mide el logro general de un país respecto de tres dimensiones básicas del desarrollo humano: la longevidad, los conocimientos y un nivel decente de vida [de su población]. Se mide por la esperanza de vida, el logro educacional (alfabetización de adultos y matriculación primaria, secundaria y terciaria combinadas) y el ingreso ajustado". Véase PNUD, *Informe...*, p. 15.

en la parte baja de los cuadros con el objeto de facilitar la comparación.⁵

Diferencias generales

La primera diferencia que existe entre los países que se comparan en estos cuadros es que no todos son Estados independientes: en 1997, después de 156 años de dominio británico, Hong Kong volvió a la jurisdicción china, bajo la fórmula de “un país, dos sistemas”. Durante 50 años, Hong Kong tendrá una administración especial que conservará su sistema de economía capitalista y, salvo en lo relativo a sus relaciones exteriores y defensa, una gran autonomía del gobierno de Beijing.

La segunda diferencia entre los países aquí comparados radica en que, con excepción de Japón, todos los demás son países en desarrollo. Sin embargo, incluso entre éstos existen diferencias: la distancia entre el nivel de desarrollo alcanzado por Corea o Singapur (“economía en vías de desarrollo más avanzada”, de acuerdo con la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, OCDE) y el logrado por Indonesia es amplia.

La tercera gran diferencia entre estos países estriba en la diversidad del tamaño de su territorio, población y producción económica (Cuadro 1).

De los países aquí comparados, Indonesia posee el territorio y la población más grandes. Con una superficie similar a la de México, pero con el doble de población, tiene poco que ver con, por ejemplo, Hong Kong y Singapur: el primero cuenta con alrededor de 1 000 km² y 6 millones de habitantes, mientras que el segundo tiene poco más de 600 km² y 3 millones de habitantes.

En términos de producción económica, las diferencias son abismales, aun entre los países de más alto producto nacional bruto

⁵ Una vida óptima para los habitantes de un país se traduciría en un IDH igual a 1. De acuerdo con el *Informe sobre desarrollo humano 1998*, el cual clasifica a 174 países (territorios o zonas, inclusive), el IDH de los países aquí comparados es: Japón, 0.940; Hong Kong, 0.909; Singapur, 0.896; Corea, 0.894; México, 0.855; Tailandia, 0.838; Malasia, 0.834; Indonesia, 0.679. El lugar mundial que ocupan cada uno de ellos, clasificados de acuerdo con el IDH es: Japón (7), Hong Kong (25), Singapur (28), Corea (30), México (49), Tailandia (59), Malasia (60), Indonesia (96).

Cuadro 1				
México y las principales economías asiáticas: indicadores generales				
	Población 1995 (millones)	Territorio (superficie de tierras, km ²)	Producto nacional bruto 1995 (miles de millones de dólares)	PNB per cápita, 1995 (dólares estadunidenses)
Japón	125.1	376 520	4 964	39 640
Hong Kong	6.1	1 040	142.3	22 990
Singapur	3.3	610	79.8	26 730
Corea	44.9	98 730	435.1	9 700
Tailandia	58.2	510 890	159.6	2 740
Malasia	20.1	328 550	78.3	3 890
Indonesia	197.5	1 811 570	190.1	980
México	91.1	1 908 690	304.6	3 320

(PNB): el PNB de Japón, de casi 5 billones de dólares, representa más de 11 veces el de Corea y más de 16 veces el de México (que, en 1995, alcanzó más 300 000 millones de dólares, MDD). De los siete países con los que se le compara, México tiene un PNB inferior al de Japón y Corea, pero superior al de Indonesia (1.6 veces), Tailandia (1.9 veces), Hong Kong (2.1 veces) y Singapur y Malasia (el PNB mexicano es casi 4 veces más grande en los dos casos).

En lo que respecta al PNB per cápita, el de Japón alcanza casi 40 000 dólares anuales. Está entre los tres más altos del mundo; es 1.5 veces más grande que el de Singapur (que tiene un PNB per cápita similar al de Estados Unidos), el doble del de Hong Kong, y cuatro veces más grande que el de Corea. El producto per cápita de México, de 3 320 dólares, es ligeramente menor al de Malasia y mayor al de Tailandia. En el caso de Indonesia —el único de los ocho países comparados no incluido por el PNUD entre los países de “alto desarrollo humano”—, el producto per cápita (980 dólares) es incluso menor al del promedio de los países en vías de desarrollo (1 141 dólares).

El crecimiento de la riqueza. Avances notables

Como muestra el Cuadro 2, el crecimiento de la riqueza en estos ocho países ha sido sostenido en las últimas cuatro décadas y, en el caso de los países asiáticos, espectacular.

Entre 1960 y 1995, por ejemplo, el conjunto de los países industrializados incrementó, en promedio, su PIB per cápita en 80%; Estados Unidos lo hizo, en el mismo periodo, en 93%. Las tasas de crecimiento económico de los países asiáticos aquí incluidos fueron mucho mayores: el crecimiento del producto per cápita de Corea fue de 989% y el de Singapur de 791%. Indonesia, la menos dinámica —y la más pobre— de las economías asiáticas que aquí se comparan, incrementó su PIB en 279% entre 1960 y 1995. México, en comparación, sólo logró un incremento de 84% en su producto per cápita en ese periodo.

Si se analizan sólo las dos últimas décadas, el crecimiento económico de los siete países asiáticos es menos asombroso, pero igualmente importante. En 1980, el producto per cápita de Estados Unidos y de Japón era igual; sin embargo, entre 1980 y 1995, el

		Cuadro 2					
		México y las principales economías asiáticas. Crecimiento del ingreso per cápita 1960-1995					
	PIB per cápita (en dólares de 1987)					Crecimiento del PIB per cápita 1980-1995 (%)	
	1960	1970	1980	1990	1995		
Japón	4 706	11 892	16 384	22 928	24 104	412	47
Hong Kong	1 631	3 128	5 939	9 897	11 911	630	100
Singapur	1 510	3 067	5 907	9 877	13 451	791	128
Corea	520	967	1 953	4 132	5 663	989	190
Tailandia	300	487	718	1 291	1 843	514	157
Malasia	708	1 001	1 638	2 301	3 108	339	84
Indonesia	190	211	349	537	720	279	106
México	938	1 363	1 949	1 839	1 724	84	-11

incremento del PIB per cápita estadounidense fue de 26% y el de Japón de 47%. A pesar del dinamismo del crecimiento japonés, en términos comparativos, Japón creció mucho menos que los llamados "tigres asiáticos": entre 1980 y 1995, el producto per cápita de Hong Kong e Indonesia se dobló; en el caso de Singapur, Tailandia y Corea creció en 128%, 157% y 190%, respectivamente. De los países comparados, México fue el único que experimentó una reducción en su PIB per cápita; éste se contrajo 11% entre 1980 y 1995.

Aunque son muchos los factores que podrían explicar estas diferencias, a continuación se destacan algunos de los que parecen más relevantes. El primero de ellos es que, a diferencia de Estados Unidos, Japón o México, los países asiáticos prácticamente iniciaron su industrialización en los años sesenta: su crecimiento económico fue, en efecto, espectacular; pero no debe olvidarse que sus niveles de industrialización eran muy bajos.

El sector terciario

Uno de los puntos de coincidencia entre los ocho países comparados es la importancia adquirida por el sector de los servicios en el crecimiento económico de las últimas décadas. En 1995, por ejemplo, el PIB de todos (con la excepción de Indonesia) descansaba mayoritariamente en el sector terciario (Cuadro 3).

El caso de Hong Kong es especial: el sector servicios contribuye con más de 80% del total del PIB, hecho único en el mundo que se explica no sólo por su importancia comercial y financiera sino por su condición de puerto de entrada al mercado potencialmente más grande del mundo: no pocas empresas transnacionales buscan ubicar sus oficinas regionales en ese puerto, caracterizado por una gran estabilidad, un gobierno que interviene poco en la economía, una importante infraestructura financiera y un sistema fiscal benigno; tanto ellas buscan penetrar al mercado chino, como las empresas chinas buscan colocar sus productos en los mercados internacionales a través de Hong Kong. Ello ha hecho que el sector de los servicios sea tan importante.

De los ocho países comparados, en México, Singapur y Japón, el sector servicios contribuye con más del 60% del PIB (porcentaje similar al de los países desarrollados). La importancia económica que ha adquirido el sector terciario en los ocho países se re-

Cuadro 3										
México y las principales economías asiáticas. Importancia del sector terciario en el crecimiento económico										
	Porcentaje de contribución al PIB 1995				Porcentaje de la población en edad activa empleada en					
	Agricultura	Industria	Servicios		Agricultura 1970	Industria 1970	Servicios 1970	Agricultura 1990	Industria 1990	Servicios 1990
Japón	2	38	60		-	7	-	34	-	59
Hong Kong	0	17	83		4	1	55	37	41	62
Singapur	0	36	64		3	0	30	36	66	64
Corea	7	43	50		49	18	20	35	31	47
Tailandia	11	40	49		80	64	6	14	14	22
Malasia	13	43	44		54	27	14	23	32	50
Indonesia	17	42	41		66	55	10	14	23	31
México	8	26	67		44	28	24	24	32	48

fleja en el creciente porcentaje de la población económicamente activa que concentra, como también muestra el Cuadro 3. Entre 1970 y 1990, prácticamente en todos los países se incrementó el porcentaje de la población empleada en el sector servicios.

En la mayoría de los países comparados, la industria sigue teniendo un peso económico importante: en 1995, en seis de los ocho países, contribuyó con alrededor de 40% del PIB. Por el contrario, la agricultura es cada vez menos relevante: sólo en tres de los ocho países contribuye con más de 10% del PIB. En Indonesia, la menos dinámica de estas economías, contribuye con 17%.

Ello se refleja, también, en los índices que muestran a la población ocupada por sectores económicos. Entre 1970 y 1990, la población ocupada en el sector agrícola disminuyó en todos los países; en algunos de ellos de manera radical: en Hong Kong y Singapur prácticamente desapareció. En Corea, el país con la tasa de crecimiento del PIB per cápita más elevada, el sector primario concentraba 49% de la población empleada en 1970; en 1990, ya sólo empleaba a 18%. Por el contrario, en el caso de Indonesia, la menos dinámica de las economías asiáticas aquí comparadas, el sector agrícola empleaba a 66% de la población en 1970 y, 20 años después, 55% de la población seguía ocupada en ese sector.

Una mención aparte merece Tailandia, país que logró un crecimiento del PIB per cápita de más de 500% entre 1960 y 1995, gracias a una enorme productividad industrial, y en el cual más de 60% de la población está ocupada en el sector agrícola.

El crecimiento industrial logrado entre 1970 y 1990 se tradujo en un incremento de la población empleada en ese sector, salvo en los casos de México y Hong Kong. En el primero, el porcentaje de la población empleado en la industria se mantuvo igual entre esos años (24%); en el segundo, disminuyó (de 55% a 37%).

Los datos del Cuadro 3 permiten inferir algunos puntos sobre la productividad, por sectores económicos, de estos países. En lo que respecta al sector servicios, el más importante dada su contribución al PIB, cabe destacar que 60% del PIB japonés es generado por el sector terciario y que, al mismo tiempo, 59% de la población en edad activa está empleada en ese sector. De manera similar, 64% del PIB de Singapur se origina en el sector servicios y 64% de la población empleada lo está en ese sector. En los casos de Tailandia y México, el sector servicios emplea a 22% y 48% de las

poblaciones respectivas, pero genera 49% y 67% del PIB de cada uno de esos países. La relación población empleada/ingreso generado habla de una alta productividad de Tailandia y México en este sector.

En lo que toca a la productividad industrial, destacan los casos de Indonesia y Tailandia. Por ejemplo, en Singapur, 36% del PIB se genera en el sector industrial, el cual emplea a 36% de la población económicamente activa; en cambio, en Indonesia, la industria genera 42% del PIB y emplea a sólo 14% de la población. En Tailandia, 40% del PIB proviene del sector industrial, en donde se encuentra empleada 14% de la población.

Comercio exterior

La importancia del comercio exterior en la economía de los ocho países aquí comparados es innegable. La primera columna del Cuadro 4 muestra el peso de las exportaciones en sus economías respectivas. Para efectos comparativos, nótese que en 1995 las exportaciones representaron, en promedio, 20% del PIB de los países industrializados (29%, en promedio, para los países de la Unión Europea, y 38% para los países nórdicos). En el caso muy especial de Hong Kong, las exportaciones representan casi 150% del PIB; en Malasia, 96%. En lo que se refiere a Tailandia y Corea, el monto de sus exportaciones representa 42% y 33% del PIB respectivo de esos países; en México e Indonesia, representa 25%. En todos esos países, los montos de las importaciones, como porcentaje del PIB, son muy similares a los de las exportaciones.

En 1995, en Japón, Hong Kong y Singapur, la relación de exportaciones a importaciones, es decir el monto de las exportaciones como porcentaje de las importaciones, fue superior a 100; en Corea y México fue de 95. En los casos de Malasia, Indonesia y Tailandia fue de 91, 87 y 84.

Ello ha creado, en los tres primeros países, importantes superávits anuales, hecho que les ha acarreado, particularmente en el caso de Japón, fricciones con sus principales socios comerciales. Por ejemplo, en 1995, en Japón, la balanza de cuenta corriente arrojó un saldo a favor impresionante: más de 111 000 MDD, lo cual representa 2.24% del PNB de ese país; la tendencia ha ido fortaleciéndose pues, en el año fiscal de 1997, el superávit en la cuenta

Cuadro 4						
México y las principales economías asiáticas.						
Comercio exterior						
	Exportaciones 1995 (% del PIB)	Importaciones 1995 (% del PIB)	Relación de exportaciones-importaciones (exportaciones como % de las importaciones) 1995	Balanza de cuenta corriente antes de efectuar transferen- cias oficiales 1995 (mill. de dólares)	Balanza de cuenta corriente 1995 (% del PNB)	
Japón	9	8	121	111 246	2.24	
Hong Kong	147	149	100	-	-	
Singapur	-	-	111	15 093	18.91	
Corea	33	34	95	-8 251	(-1.89)	
Tailandia	42	48	84	-13 554	(-8.49)	
Malasia	96	99	91	-4 147	(-5.29)	
Indonesia	25	27	87	-7 023	(-5)	
México	25	22	95	-654	(-0.2)	

corriente de Japón representó 2.6% del PNB. En Singapur, en 1995, la balanza de cuenta corriente tuvo un saldo positivo de aproximadamente 15 000 MDD, casi 19% de su PNB. En virtud de ello, esos países sufren presiones de sus principales socios comerciales para que importen más y equilibren así sus relaciones comerciales.

Por su parte, países como Corea, Tailandia, Malasia, Indonesia y México han mostrado déficit en sus respectivas balanzas de cuenta corriente. El déficit alcanzó niveles preocupantes en el caso de Tailandia (más de 8% de su PNB), y Malasia e Indonesia (más del 5% del PNB). En el caso de México, después de la devaluación de fines de 1994, el déficit en la balanza de cuenta corriente de 1995 fue de sólo 654 MDD, lo cual representó 0.2% del PNB mexicano; déficit pequeñísimo, en términos relativos, pero también poco representativo de las tendencias históricas de la balanza de cuenta corriente del país.

Inversión y ahorro

Hasta ahora, una de las diferencias más notables entre México y las otras siete economías comparadas ha sido el relativamente escaso crecimiento del PIB real per cápita mexicano entre 1960 y 1995, y su contracción entre 1980 y 1995.

En materia de inversión y ahorro, la diferencia —que quizá explique la anterior— es también marcada. Como puede verse en el Cuadro 5, en 1995, la inversión interna bruta en países como Tailandia y Malasia era superior a 41% del PIB; en ese mismo año, en México, representó sólo 15% del PIB. En lo que toca al ahorro interno bruto, en México representa menos de 20% del PIB, tasa muy por debajo de las de los países asiáticos. Si el ahorro interno permite la inversión, y ésta hace posible el desarrollo de nuevos productos y tecnologías para una mejor inserción en la economía internacional, parecería evidente la necesidad de México de incrementar sus tasas de ahorro y, consecuentemente, las de inversión.

Aunque los recursos sean escasos, es necesario que una parte mayor sea destinada al ahorro y la inversión; éstos permitirán, en el futuro, un ensanchamiento de la base de recursos disponibles. Por ejemplo, las industrias claves en las próximas décadas —como la microelectrónica, la biotecnología, las telecomu-

Cuadro 5			
México y las principales economías asiáticas. Inversión, ahorro, investigación y desarrollo			
	Inversión interna bruta (% del PIB) 1995	Ahorro interno bruto (% del PIB) 1995	Científicos y técnicos (investigación y desarrollo por 1 000 habitantes) 1990-1996
Japón	29	31	7
Hong Kong	35	33	0.2
Singapur	33	-	2.6
Corea	37	36	2.9
Tailandia	43	36	0.2
Malasia	41	37	0.2
Indonesia	38	36	-
México	15	19	0.3

nicaciones y la cibernética, entre otras—⁶ son intensivas en investigación y desarrollo tecnológico y científico, elementos esenciales para competir con éxito en los mercados internacionales. En el futuro, quien haya invertido en esos rubros ganará mercados gracias a sus innovaciones y, además, podrá vender su desarrollo tecnológico.

José Luis León apunta, con razón, que uno de los problemas enfrentados por países como los latinoamericanos es que el gasto en investigación y desarrollo ha ido declinando sistemáticamente “bajo el supuesto liberal de que el conocimiento y el avance técnico están disponibles en los mercados internacionales, y que escaso o ningún esfuerzo debe hacerse para desarrollar este tipo de capacidades”.⁷ En efecto, la posición es ingenua; condena a países como los latinoamericanos a comprar tecnología de punta a precios muy altos —precios que permiten al vendedor reinvertir en su desarrollo tecnológico—, o a comprar o adquirir tecnologías ya superadas en los países económicamente más avanzados. En 1990, los países de la OCDE destinaban 2.5% de su PIB a la investigación y el desarrollo; las naciones de reciente industrialización del Este Asiático destinaban 1.4% de su PIB al mismo rubro; América Latina en su conjunto sólo canalizaba 0.5% de su PIB en esa dirección. Como también muestra el Cuadro 5, países como Japón, Singapur y Corea se han preocupado por invertir en investigación y desarrollo tecnológico: en Japón, por ejemplo, 7 de cada 1 000 habitantes se dedican a la investigación y desarrollo científico-técnicos; en México, sólo 3 de cada 10 000 habitantes lo hacen. Se trata de una tendencia que es preciso revertir, si lo que se busca es una nueva inserción en la economía internacional.

En la actualidad, ya no podrá apostarse a la explotación de los recursos naturales abundantes, al crecimiento con base en el mercado interno, a la competitividad internacional basada en los

⁶ Véase Lester Thurow, *Head to Head: The Coming Economic Battle among Japan, Europe and America*, Nueva York, Warner Books, 1993.

⁷ José Luis León, “Ciencia, tecnología y desarrollo económico en América Latina”, en Instituto Matías Romero, *Desarrollo social, educación y cultura en África y América Latina. Memoria del VIII Seminario África-América Latina*, México, IMR, 1998, p. 160.

salarios bajos, o a la apertura acelerada *vis à vis* la economía internacional, como se hizo en el pasado.⁸

Sin duda, frente al incremento poblacional, los recursos naturales ya no son tan abundantes; y aun en el caso de que lo fueran, explotarlos sin cuidar su renovación sólo llevará a su agotamiento. Por otra parte, sin un valor agregado vía la inversión, la explotación será en vano: en aras de la supervivencia, sólo seguiremos exportando nuestras riquezas naturales.

En lo que toca al crecimiento basado en los mercados internos, éste parece ya un recurso agotado: en tiempos de la globalización, los mercados están disponibles para quien pueda explotarlos mejor, es decir, para quien invirtió para hacer sus productos mejor y más baratos, más competitivos. La competitividad basada en bajos niveles salariales tampoco puede ser sostenida por mucho tiempo; además de que contiene la demanda económica y con ello impide el crecimiento de los mercados, crea inestabilidad social y política. Por otra parte, inhibe el desarrollo de la capacidad recaudatoria de los Estados en la base misma de la pirámide de las finanzas públicas: el individuo que trabaja y paga impuestos.

En efecto, parecería evidente que un nuevo crecimiento económico, sano y extendido, requiere de recursos naturales adecuadamente explotados, mercados vigorosos y una competitividad basada en factores firmes y sostenibles. Si el ahorro y la inversión en ciencia y tecnología son respuestas pertinentes, aún queda por plantear la cuestión de los recursos que lo harán posible.

¿Recursos públicos o privados?

El problema de la necesaria inversión —y el ahorro previo— en estos rubros suscita la cuestión de si los recursos que se requieren provendrán del sector privado o de las arcas públicas. En las economías de los “tigres asiáticos”, por ejemplo, el Estado ha jugado un papel destacado en la creación de la infraestructura necesaria —en sentido amplio: estabilidad política, social y económica; infraestructura industrial y financiera; búsqueda de mercados externos; incentivos fiscales; entre muchos otros elementos, usados en mayor o menor grado— para que el sector privado ahorre e invierta. Ello

⁸ *Ibid.*

requiere, por supuesto, que el Estado cuente con los recursos fiscales necesarios para que pueda desarrollar sus funciones de promotor del crecimiento económico, de coordinador del esfuerzo nacional en materia de crecimiento y desarrollo.

En México, el problema de la baja capacidad recaudatoria del Estado es añejo;⁹ según datos del Banco Mundial, en 1995, el ingreso fiscal representó 14.8% del PIB,¹⁰ una de las cargas tributarias más bajas del mundo. Esa cifra contrasta con las de otros países latinoamericanos como Uruguay (en donde el ingreso fiscal representó 28% del PIB), Costa Rica (22% del PIB) o Chile (18% del PIB),¹¹ e incluso frente a las de los países asiáticos con los cuales se le ha comparado, como Malasia (en donde los ingresos fiscales representan 21% del PIB), Corea (18% del PIB) o Tailandia (17% del PIB).¹²

Como muestra el Cuadro 6, entre 1980 y 1992, las tasas de crecimiento anual de los ingresos fiscales de los países comparados fueron positivas, con la excepción de Indonesia y México: Japón alcanzó un crecimiento anual de su carga tributaria de 2% y Tailandia de 1.7%; en contraste, Indonesia la contrajo anualmente 1.2% y México 0.8%. Más aún, entre 1980 y 1995, los países que mostraban un déficit presupuestario lograron revertirlo: de manera importante, en los casos de Tailandia, Malasia e, incluso, Indonesia. Aun cuando Corea mantiene un déficit presupuestario, éste es de sólo 0.2% del PIB. Por su parte, Singapur, quien tenía un superávit presupuestario de 2.1% del PIB, en 1980, logró multiplicarlo para alcanzar, en 1995, un superávit presupuestario de 14.3%.

Sin duda, para países como México, revertir la debilidad recaudatoria del Estado es una necesidad inaplazable; se trata de crear una base fiscal más amplia, sólida, que permita al Estado invertir y fortalecer la infraestructura para que el sector privado invierta. Por el lado de los ingresos, como muestra el desarrollo de los países asiáticos a partir de 1980, no se necesita un crecimiento

⁹ Dicho problema obedece a múltiples factores, entre los cuales algunos analistas identifican los altos niveles de desigualdad en el ingreso, la elevada liquidez del capital, la existencia de un régimen político de base clientelar y el carácter autoritario del régimen político. Véase Carlos Elizondo y Blanca Heredia, "Vivir sin impuestos", en *Nexos*, núm 254, febrero de 1999, pp. 8-12.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Cifras tomadas del informe del PNUD, *op. cit.*, p.182.

¹² *Ibid.*

Cuadro 6				
México y las principales economías asiáticas. Ingreso fiscal				
	Ingreso fiscal en % del PIB (tasa de crecimiento anual) 1980-1992		Superávit/déficit presupuesto total (% del PIB) 1980	1995
Japón	2.0		-7.0	(.)*
Hong Kong	-		-	-
Singapur	0.3		2.1	14.3
Corea	0.2		-2.2	-0.2
Tailandia	1.7		-4.9	1.8
Malasia	-		-6.0	0.8
Indonesia	-1.2		-2.3	0.6
México	-0.8		-3.0	-

* (.) Menos de la mitad de la unidad indicada.

espectacular del ingreso fiscal, pero sí que sea sostenido. Por el lado de los egresos, como muestran esos mismos países, es necesario buscar un equilibrio que permita ir superando, paulatinamente, los déficits presupuestarios y que, al mismo tiempo, no inhiba el desarrollo vía el recorte de la necesaria inversión pública. Corea parece ser un ejemplo idóneo: logró un crecimiento espectacular del PIB per cápita (989% entre 1960 y 1995; 190% entre 1980 y 1995); al mismo tiempo, tuvo un modesto crecimiento anual de 0.2% de su ingreso fiscal entre 1980 y 1992 y logró reducir, sin eliminarlo, el déficit presupuestario (de 2.2% del PIB, en 1980, a 0.2%, en 1995). Es decir, Corea logró un importante crecimiento económico en el cual la ampliación del ingreso fiscal y un gasto público equilibrado fueron características notables.

Uno de los mayores retos que todavía enfrenta México es el problema de la deuda externa y su servicio. Pero no es un reto exclusivo de México: en 1995, la deuda externa de Malasia e Indonesia representaba 43% y 57% de sus respectivos PNB. Para México, representaba 70%. En los tres casos, las cifras estaban por encima de la media del conjunto de los países en desarrollo, para quienes la deuda externa representaba 41% del PNB.

Sin embargo, en el caso de México, aun cuando la relación del servicio de la deuda, como porcentaje de las exportaciones de bienes y servicios, continúa siendo relativamente alta, ha habido avances notables: en 1980, el servicio de la deuda equivalía a 44% de las exportaciones nacionales; en 1995, esta relación había disminuido a 24%. Un logro similar al alcanzado por Chile en el mismo periodo, pero lejano de las cifras que manejaban países asiáticos en desarrollo como Malasia y Tailandia, para los cuales el servicio de la deuda externa representó en 1995, 8% y 10% de sus exportaciones de bienes y servicios. En Indonesia, la menos desarrollada de las economías aquí comparadas, el servicio de la deuda externa representaba, ese mismo año, más de 30% de sus exportaciones.

Recurrir al excesivo endeudamiento externo para paliar la ausencia de las reformas económicas y políticas necesarias no es una solución; países como Tailandia, Corea e Indonesia aprendieron, en 1997, que el costo puede ser muy alto.

Conclusiones

Los indicadores comparados en este trabajo pretendieron ilustrar sobre las similitudes y diferencias que existen entre México —el cual se cuenta entre las economías más grandes del mundo, pero no entre las más fuertes— y algunas de las más dinámicas economías asiáticas, las cuales, pese a su crecimiento, muestran también importantes vulnerabilidades.

Con base en la comparación, es posible derivar algunas conclusiones generales de interés para México. En primer lugar, parece necesario lograr un fortalecimiento del comercio exterior mexicano a través de una doble vía: multiplicar las exportaciones a fin de que éstas tengan una mayor incidencia en el crecimiento del producto nacional, y tratar de lograr un incremento en su valor agregado.

En segundo lugar, aumentar las tasas internas de ahorro e inversión, sobre todo en investigación y desarrollo científico y tecnológico, lo cual permitiría incrementar la competitividad real y el valor agregado de las exportaciones. Con ello, el comercio exterior tendería a equilibrarse y el déficit en este sector a desaparecer. Se trata de lograr una nueva inserción en la economía internacional, con bases diferentes a las que ya han sido probadas —exportación de materias primas, de manufacturas que logran ser competitivas gracias a bajos niveles salariales, etcétera— y que han mostrado un éxito muy relativo.

En tercer lugar, parecería necesario expandir y fortalecer la base fiscal: a través de ello, el Estado contaría con recursos para desarrollar la inversión pública, o incentivar la inversión privada, en la investigación y el desarrollo tecnológico sobre los que se sustente la economía mexicana, competitiva e internacionalizada, del futuro. Las economías de los “tigres asiáticos” muestran el importante papel del Estado como promotor del crecimiento económico, a través de la creación de la infraestructura necesaria —estabilidad política, social y económica; infraestructura industrial y financiera; búsqueda y desarrollo de mercados externos; incentivos fiscales; entre otros elementos— para que el sector privado ahorre e invierta. La crisis asiática de 1997 dejó, también, otras importantes lecciones económicas, vinculadas con la vulnerabilidad que conllevaron el excesivo endeudamiento externo —sobre todo si descansa en

vencimientos de corto plazo— y la fragilidad de sistemas bancarios y financieros —especialmente cuando descansan en prácticas de crédito riesgosas o en inversiones especulativas— sobre los cuales no existen mecanismos adecuados de control. La crisis asiática de 1997 mostró, incluso, el alto costo económico de regímenes políticos que ya no son capaces de generar la confianza necesaria para permitir un crecimiento sostenido, así como la necesidad de sus sociedades, también económica, de fortalecer los procesos de democratización y transparencia en el manejo de los asuntos públicos.

A mi parecer, la reciente crisis en los países asiáticos mostró que, sólo en la medida en que un determinado régimen sea capaz de generar confianza en la estabilidad social y política de su país, podrá hacer frente a las turbulencias económicas que se le presenten.

Por último, me gustaría destacar que el interés de México en vincularse más estrechamente con las naciones de la región Asia-Pacífico, si bien fincado en la necesidad de diversificar sus intercambios económicos, no se circunscribe a esa esfera. Efectivamente, al incrementar el número y el nivel de su presencia diplomática en el área, y al integrarse a los principales foros multilaterales de la región, México desarrolla y estrecha sus relaciones de tipo político. Más allá de los beneficios comerciales o financieros derivados del acercamiento a la región, el descubrimiento o desarrollo de áreas de interés común seguramente redundará en el fortalecimiento de las posiciones internacionales defendidas por México.
